

María, que son su fundamento, y que la tradición y los Concilios le han garantido. Por consiguiente, si la devoción á María y el culto que se le tributa son un indicio del verdadero catolicismo, será un indicio de herejía, ó al menos de una religión sospechosa, la aversión, ó, por mejor decir, el desprecio y la guerra que se hace, bajo la máscara de un falso celo por la dignidad del Hijo, á las prerrogativas de la Madre y á las prácticas de piedad con que sus hijos la honran y la invocan.

Derramemos lágrimas de compasión sobre esa ceguera voluntaria de una parte de los cristianos, y sobre las desgracias que les atrae esta ceguera. Dichosos nosotros, que nos encontramos en la verdadera Iglesia, en la que tenemos á María por Madre; seamos generosos y constantes en su culto y en nuestra devoción á Ella, para hacernos participantes de esos bienes que nos promete y nos asegura la protección de esta tierna Madre.

## CAPÍTULO XVI

**Las palabras de Jesucristo: «He ahí tu Madre, he ahí tu hijo», recuerdan naturalmente estas palabras de Pilatos: «Ved ahí el Hombre, ved ahí vuestro Rey.»** Circunstancias de esta declaración de Pilatos. Su significación y la relación que tiene con el título de la cruz. Explicación de este título y su armonía con las palabras de Jesucristo. Todo el Cristianismo está contenido en este título y en estas palabras. Cuáles deben ser los verdaderos hijos de María.

Después de las varias é importantes interpretaciones que hemos dado en el discurso de esta obra á estas palabras de Jesucristo, *He ahí tu hijo, he ahí tu Madre*, se creará tal vez que nada puede decirse de nuevo sobre ellas. Sin embargo, es tal la fecundidad de la palabra de Dios, que cuanto más se considera y se medita, tanto mayores son y más importantes las verdades que en ella se descubren. Las palabras que hemos citado están tan llenas de misterios sublimes y de útiles lecciones, que si quisiésemos referirlos y explicarlos todos, sería necesario comenzar de nuevo esta primera parte. Mas como la abundancia de materia la ha abultado insensiblemente, y mucho más de lo que pensábamos, en la necesidad de llegar al fin que nos proponemos, nos contentaremos con dar la última explicación de estas misteriosas palabras, que hará conocer más y más su profundidad, y nos suministrará materia

para una sólida é importante instruccion, con la cual terminaremos la primera parte de nuestro trabajo.

Nos detendremos un momento en la palabra *he ahí*, que se encuentra repetida dos veces en las palabras del Señor, y que, vista la circunstancia grave y solemne en que fué pronunciada, debe tener una gran extensión, y encerrar por sí sola un misterio importante.

En efecto, ¿cómo pueden articularse ó leerse estas palabras, pronunciadas por Jesucristo y relativas á María, *He ahí tu madre*, *He ahí tu hijo*, sin recordar al momento estas otras palabras, no menos tiernas, no menos patéticas, que el gobernador romano Pilatos profirió refiriéndose á Jesucristo: *Ved ahí el Hombre*, *ved ahí el Rey* (1)?

Los judíos habían hecho sufrir al cuerpo santísimo de nuestro Salvador los tormentos más crueles, los suplicios más atroces, los ultrajes más sangrientos que se han hecho sufrir jamás en el mundo, no diremos á un hombre, sino ni á un animal destinado al matadero. Ellos le habían despedazado á azotes, le habían herido con varas, le habían abofeteado bárbaramente y le habían manchado con salivas; y para que el Hombre del dolor se hiciese el Hombre de los oprobios, para añadir á los tormentos la vergüenza y el deshonor, habían clavado en su cabeza una horrible corona de agudas espinas, habían echado sobre sus hombros un vil andrajo de escarlata, habían puesto en sus manos una

(1) Ecce Mater tua, ecce filius tuus. Ecce Homo, ecce Rex vester. (*Joan.*, XIX, 26, 27; v, 14.)

caña por cetro, y en esta actitud le insultaban con irrisión, como á un rey de teatro. En este miserable estado, en este estado tan propio para inspirar compasión, se presenta Pilatos á los judíos y les dice: *VED AHÍ EL HOMBRE*. Pero ¡ay! este espectáculo de Jesús cubierto de heridas de los pies á la cabeza y bañado en su sangre, lejos de enternecer á aquellas bestias feroces, no hizo más que inflamar su odio y su furor. Por consiguiente, en vez de consentir en que se le perdone la vida, piden su muerte con gritos salvajes (1). Y cuando el presidente duda, y manifiesta la repugnancia que tiene á acceder á su petición injusta y cruel, ellos le amenazan con la rebelión del pueblo y con la cólera del César. Parece que esta amenaza hubiera debido hacer que Pilatos se abstudiese de dar título alguno á Jesucristo, y reconocer en El ningún carácter que pudiese despertar los celos y las sospechas de la política; sin embargo, no fué así. Ciego instrumento de los designios de Dios, que ejecuta sin querer, y de sus misterios que cumple sin conocerlos, dice el Evangelista que, haciendo comparecer de nuevo á Jesús ante la multitud, se sentó en su tribunal, en el lugar llamado *Lithostrotos* en griego, y *Gabbatha* en hebreo, en un viernes, como á la hora sexta, y presentando desde allí á Jesús al inmenso populacho que se encontraba presente, le dice con una voz fuerte y un aire misterioso y profético: *JUDÍOS, VED AHÍ VUESTRO*

(1) Crucifige, crucifige.

REY (1). Todas estas circunstancias de la persona, del día, de la hora y del lugar, así como del título de la cruz, que se halla escrito en diversas lenguas; estas circunstancias, repito, que acompañan á una declaración tal y que son referidas tan minuciosamente por el Evangelista, indican suficientemente que esta declaración es el cumplimiento de un misterio profundo. En efecto, como el título de Rey de los judíos equivale al de Mesías, como los judíos han designado siempre al Mesías con este nombre, bajo el cual le esperan todavía, la declaración de Pilatos no es otra cosa que un reconocimiento público y solemne que hizo de Jesucristo por el verdadero Mesías, por el Salvador del mundo, y esto en el día de Pascua, en nombre de todas las naciones sujetas al Imperio romano, en nombre de toda la gentilidad, en nombre de toda la tierra.

En el furor que experimentan los judíos al ver que su presidente les impone por rey un hombre á quien quieren castigar como á un vil esclavo, gritan en vano tumultuariamente que no quieren reconocerle, que ellos no tienen más rey que el César; Pilatos, firme en su resolución, confirma su declaración, añadiendo: «Sin embargo, EL ES VUESTRO REY, ¿Y CÓMO QUERÉIS QUE YO CONDENE Á VUESTRO REY (2)?» Y no contento

(1) Adduxit foras Jesum, et sedit pro tribunali, in loco qui dicitur Lithostrotos, hebraice autem Gabbatha. Erat autem Parasceve Paschæ, hora quasi sexta, et dicit Judæis: *Ecce Rex vester.* (Joan., XIX, 13, 14.)

(2) Regem vestrum crucifigam? (Joan., XIX, 15.)

con haber dado de viva voz esta cualidad gloriosa á Jesucristo, la repite también por escrito; con vergüenza y con mengua de todas sus reclamaciones, de toda su oposición y de toda su repugnancia, él se obstina en colocar sobre la cruz de Jesucristo este grandioso título: JESÚS DE NAZARET, REY DE LOS JUDÍOS. Título misterioso y sublime, que reúne en sí los títulos que Pilatos le había dado poco antes de viva voz, cuando dijo con relación á El: VED AHÍ EL HOMBRE, VED AHÍ EL REY.

Es imposible dejar de reconocer que Pilatos, cuando escribió, tuvo su mano guiada por la mano de Dios, así como su lengua fué también movida por el Espíritu de Dios cuando habló de un modo tan extraordinario, tan maravilloso y tan verdadero, y que el Padre Eterno fué el que, por el ministerio de Pilatos, escribió sobre la cruz de su Hijo su verdadero título de honor y de grandeza, es decir, que era el Rey de los judíos, el Mesías y el Salvador; que era Hombre y era Dios (1).

Mas en tanto que por esta inscripción misteriosa, colocada sobre la cruz, proclama el Padre Eterno á la faz del universo y revela al verdadero Mesías en la persona de Jesucristo, este mismo Hijo pronuncia y dicta en cierto modo otras dos inscripciones, que deben ser colocadas, la una sobre la cabeza de María, y la otra sobre la de San Juan, cuando dice de María: HE AHÍ TU MADRE, y de San Juan: HE AHÍ TU HIJO.

(1) Ecce Homo, ecce Rex. Jesus Nazarenus Rex Judæorum. (Joan., XIX, 5, 15, 19.)

¡Oh profundidad de los consejos divinos en el cumplimiento de los divinos misterios! Toda la religión está contenida en estas tres inscripciones; todas tres tienen un mismo fin, al cual concurren con un maravilloso acuerdo.

En el texto griego y en el hebreo dice la inscripción: ESTE ES JESÚS DE NAZARET, Ó VED AHÍ Á JESÚS DE NAZARET (1). Esta es, como lo hemos hecho observar, una repetición de las palabras de Pilatos, *Ved ahí el Hombre* (2), pues que el Nazareno, para ser verdaderamente Jesús, es decir, el Salvador del hombre, debe ser Hombre ante todo, dice San Agustín (3); ¡Cuán grandes son, pues, y cuán sublimes estas palabras: VED AHÍ EL NAZARENO, VED AHÍ EL HOMBRE! Ellas significan: Ved ahí el Hombre, ese Hombre verdadero, en quien la imagen de Dios es perfecta. Ved ahí el Hombre á quien Dios se refirió particularmente cuando dijo al principio del mundo: *Hagamos el Hombre á nuestra imagen y semejanza*; en El era en quien pensaba cuando, por una misericordia y una bondad infinitas, formaba el hombre del limo de la tierra (4). Ved ahí el Hombre que se dignó llamarse á sí mismo *el Hijo del hombre*, porque sin concurso humano nació del hombre en el seno de una Virgen, verdadera

(1) Hic est Jesus Nazarenus, ecce Jesus Nazarenus. (*Joan.*, xix, 19.)

(2) Ecce Homo. (*Ibid.*, 6.)

(3) Nisi ille esset Homo, non liberaretur Homo. (*S. Aug.*)

(4) Quidquid limo exprimebatur, Christus cogitabatur Homo futurus. (*Tert.*)

hija del hombre (1); que tiene la naturaleza del hombre, sin tener sus vicios, sus miserias y sus pecados; Aquel en quien el hombre fué reformado y vuelto á su perfección primitiva, en quien todo es orden, armonía y perfección; el Hombre completo, el Hombre perfecto, el Hombre por antonomasia, el Hombre en un sentido general y absoluto, el Hombre por excelencia, que representaba verdaderamente en sí mismo toda la humanidad, y que debía salvarla toda entera; el Hombre, por consiguiente, á cuyo ejemplo deben arreglarse todos los hombres, y con quien serán confrontados un día en su juicio. Mas este Hombre no es solamente hombre, sino que es también Hombre-Jesús, es Hombre-Salvador, Hombre-Rey de los judíos, es Hombre-Mesías, Hombre que desde el madero infame á que está clavado reinará sobre todos los hombres (2). Su reino será fundado por medio de los judíos, porque los Apóstoles y los primeros fieles serán judíos; y el universo se unirá á la raíz del pueblo judío, á la casa de Jacob, á la raza de David, cuyo reino no tendrá fin (3); y este reino no será fundado por el hierro, sino por el leño (4); por el amor, y no por el terror; para formar hijos, y no para formar esclavos; siendo diferente por su origen de los demás reinos, también lo será por su naturaleza. Este no es un reino de la tie-

(1) Homo natus est in ea.

(2) Regnavit a ligno Deus.

(3) Sedem David; domus Jacob; et regni ejus non erit finis.

(4) Non ferro, sed ligno.